

La arqueología medieval en un grado de arqueología

Medieval archaeology in a degree of archaeology

Ricardo IZQUIERDO BENITO

Universidad de Castilla-La Mancha

Recibido: 17-01-2005

Aceptado: 20-07-2005

RESUMEN

La Arqueología Medieval ha tenido un desarrollo tardío en España pero en los últimos años ha logrado una madurez en la investigación que no se corresponde con su escasa presencia en la enseñanza universitaria actual. La importancia de los restos medievales en nuestro país, la evolución de la Arqueología Medieval y la investigación puntera en algunos temas -se recoge un amplio elenco de líneas de actuación- hacen muy atractiva a esta especialidad. Se argumenta sobre la capacidad de la Arqueología Medieval para formar arqueólogos y se defiende la absoluta necesidad de su inclusión en una futura titulación propia de arqueología que pueda crearse siguiendo la Declaración de Bolonia. La Arqueología Medieval conseguiría así ocupar el rango que le corresponde.

PALABRAS CLAVE: Arqueología. Edad Media. Planes Estudio. Universidad. Currículo. España. Declaración de Bolonia.

ABSTRACT

Medieval archaeology has experimented a slow disciplinary development in Spain, but in the last decades has achieved a maturity in research that it does not correspond with its weak presence in contemporary university teaching. The importance of medieval sites and objects, the evolution of Medieval archaeology as discipline and the outstanding research of some topics -a vast set of research lines are presented- make very attractive this archaeological speciality. Some arguments on the power of Medieval archaeology for training archaeologist are offered. On other hand, the necessity of its inclusion in a future degree in archaeology is defended. In that way Medieval archaeology will be able to occupy the required position in the university system.

KEY WORDS: Archaeology. Middle Age. Study Programms. University. Curriculum. Spain. Bolonia Statement.

SUMARIO 1. Introducción. 2. La situación antes de 1982. 3. Situación a partir del año 1982. 4. Líneas de investigación. 5. Conclusiones.

1. Introducción

Si hasta no hace todavía muchos años, la Arqueología Medieval apenas ocupaba un lugar en el ámbito de la investigación en Arqueología de nuestro país, desde hace ya un tiempo, afortunadamente, el panorama ha cambiado –como seguidamente analizaremos- y ya está ocupando el lugar que le corresponde. Los arqueólogos, por una parte, empezaron a considerar que la Edad Media también podía ser investigada con unos planteamientos arqueológicos. Y, por otro, algunos medievalistas también se fueron convenciendo de que esos siglos podían ser estudiados no solamente a partir del análisis de documentos escritos conservados en los archivos. De esta manera, no sin reticencias, la Arqueología Medieval se fue gradualmente imponiendo y hoy ocupa un significativo lugar en el ámbito de la Arqueología española. Y en esta labor algunas Universidades han desempeñado –y lo siguen haciendo- una labor muy destacada.

Siquiera sea por ello, en el momento de plantearse la posibilidad de diseñar unos estudios de grado basados en una línea que pueda ser la Arqueología, la Edad Media, en tal área de conocimiento, no se puede ignorar, pues ese plan de estudios quedaría, a todas luces, absolutamente incompleto. La cultura material de cualquier época ha de ser conocida por el estudiante que se quiera formar en Arqueología, como complemento a la formación puramente técnica que haya de adquirir como base fundamental. Por lo cual, la cultura material de los siglos medievales –aunque sea a nivel de unos conocimientos básicos- tendrá que contemplarse en un Grado de Arqueología para que éste tenga la coherencia que los tiempos actuales reclaman. Para un estudiante interesado en formarse en el campo de la Arqueología, su formación curricular no se puede orientar solamente por la vía de la Prehistoria y del Mundo Antiguo, pues en tal caso contaría con unos conocimientos parciales que le podían perjudicar si, el día de mañana, ante una actuación profesional, se ve abocado a tener que excavar en un yacimiento medieval. Técnicamente podrá excavarlo de una manera perfecta, pero su desconocimiento de los elementos materiales que encuentre será total, como consecuencia de la incompleta formación que hubiese recibido, por lo que difícilmente podrá llevar a cabo la contextualización de los mismos.

Frente a otras etapas históricas que habían experimentado en nuestro país un importante desarrollo en sus investigaciones arqueológicas (La Prehistoria y la Edad Antigua), hasta épocas todavía no muy lejanas la Edad Media no había despertado mucho interés para ser analizada por esa vía metodológica. Las causas de esta situación eran diversas y en ellas influían algunos factores que, afortunadamente, se fueron superando.

Es evidente que la labor arqueológica, en algunos momentos, no ha estado exenta de un intencionado interés por la búsqueda de objetos valiosos, en el sentido material del término. Los siglos medievales, por las especiales circunstancias socioeconómicas en las que entonces se desarrolló la actividad humana, no posibilitaron la producción de piezas de gran valor –salvo casos muy excepcionales y con un destino social muy concreto– que pudiesen ser recuperadas por vía de una excavación. De ahí, por tanto, el desinterés que para esta época mostraron la mayoría de los arqueólogos, al ser conscientes de que no iban a encontrar piezas muy valiosas al excavar en un yacimiento medieval.

Ello también supuso que, en muchos yacimientos que podían tener niveles o estratos medievales, éstos fuesen ignorados por sus excavadores –aunque estuviesen exhumando sus restos– y destruidos sistemáticamente al no concederles ninguna importancia, por ser despectivamente considerados como “medievales”. Era una fase arqueológica que no se valoraba para nada por ser algo que obstaculizaba lo que a ellos verdaderamente les interesaba.

Por otra parte, era evidente la consideración que tradicionalmente se ha tenido de la Arqueología, de ser una disciplina solamente aplicable para la reconstrucción de aquellos periodos históricos en los que no se había generado una documentación escrita o en la que ésta era muy escasa, con lo cual era imprescindible recurrir al análisis e interpretación de los elementos materiales. Como la Edad Media era una etapa de la que sí se conservaba un repertorio documental abundante, los investigadores de este periodo consideraban que con ello ya era suficiente. De esta manera, la posibilidad de aplicar una metodología arqueológica quedaba marginada e ignorada –por considerarla innecesaria– y de ahí el desinterés –cuando no el desprecio– por esta vía de investigación, lo que suponía que se hubiese considerado a la Arqueología como “en las afueras del medievalismo”, en expresión de Mi-quel Barceló.

En todo este proceso tampoco hay que olvidar el desenvolvimiento historiográfico por el que ha tendido a discurrir el análisis de la Edad Media, especialmente en algunos temas de gran implicación teórica –el feudalismo, por ejemplo– en los que parecía que la Arqueología poco podía aportar. Entonces, además, los aspectos que enlazaban con la vida cotidiana (vivienda, ajuares domésticos, entretenimiento y ocio, etc.) y que una excavación tantos datos puede aportar, no eran tenidos muy en consideración.

Y también, en el caso concreto de nuestro país, no habría que descartar la posible incidencia que su trayectoria histórica pudo haber tenido en este sentido. En efecto, frente a la evolución “lineal” que otras naciones europeas experimentaron a lo largo de la Edad Media, en la Península Ibérica se produjo un fraccionamiento político a raíz de la llegada y establecimiento de los musulmanes. Ello supuso la constitución de áreas geopolíticas diferenciadas, cada una con sus propias peculiaridades arqueológicas, al generar culturas materiales diferentes. Esta mayor complejidad arqueológica exigía una mayor preparación para el investigador que pretendiese abarcarla en su conjunto, lo cual no dejaba de ser un cierto inconveniente.

Consideramos que todos estos factores, unidos a otros que se nos escapan, son los que vendrían a explicar el escaso desarrollo que la Arqueología medieval había tenido en España hasta todavía no hace muchos años. Lo cual se reflejaba en la escasa bibliografía relacionada con esta temática y en las pocas excavaciones sistemáticas que se llevaban a cabo. Este desinterés también quedaba constatado en el escaso número de comunicaciones que se presentaban a los Congresos Nacionales de Arqueología que se celebraron en nuestro país desde 1949 hasta los años finales de la década de los setenta, en los que ni siquiera se contemplaba una sección específica para la etapa medieval.

Afortunadamente, el panorama empezó a cambiar en la década de los setenta del pasado siglo. Entre las causas que originaron el cambio se podría considerar el propio desarrollo que la Arqueología, en general, había alcanzado en nuestro país. Las etapas prehistóricas, de colonizaciones, romana, etc., estaban siendo bastante trabajadas, aunque no se llegasen a agotar, evidentemente. No obstante, era posible que algunos arqueólogos, en un afán de superación, necesitasen encauzarse por otros de-

roteros hasta entonces menos “tocados” y, por ende, más novedosos. En tal situación, la Edad Media se presentaba como un diversificado campo, prácticamente virgen, en el que poder intervenir. A ello también habría que añadir el especial interés que, a muchos niveles, se despertó por esta etapa histórica en aquellos años. Igualmente se podrían tener en consideración las nuevas corrientes teóricas y metodológicas que por entonces también se difundieron por nuestro país y que podían encontrar en la Arqueología medieval un contexto idóneo para su aplicación.

Si esto ocurría en el campo de la Arqueología, en el campo del medievalismo también se produjeron cambios. Las fuentes documentales escritas, que habían sido las que hasta entonces se habían utilizado casi en exclusividad para recomponer el pasado medieval, podían llegar a “agotarse” pues su número era limitado. Parecía que se necesitaban otros cauces por los que hacer discurrir la investigación, orientados a alcanzar objetivos novedosos o, cuando menos, complementarios a los aportados por los documentos escritos. Y la Arqueología podía proporcionar esa vía, especialmente para abordar el análisis de muchos de los temas problemáticos de nuestra Historia Medieval.

Todos estos factores, en mayor o menor medida, convergieron en la citada década para animar el panorama de la Arqueología medieval española y para poner las bases de lo que habría de ser un inmediato despegue que posibilitase recuperar parte del retraso que en esta materia llevaba nuestro país con respecto a otros países europeos. Y de alguna manera, todo eso se posibilitó cuando, en el año 1982, se constituyó la Asociación Española de Arqueología Medieval.

La pléyade de jóvenes arqueólogos medievalistas que entonces se había formado, necesitaba ocupar el espacio que les correspondía –y que a veces se les negaba– en el ámbito de la Arqueología española. También necesitaba contar con unos cauces de comunicación y de información para coordinar los esfuerzos que se estaban llevando a cabo. Se hacía preciso buscar un elemento que les aglutinase y que fuese el cauce a través del cual se expresasen y divulgasen los trabajos en curso así como los resultados obtenidos, lo mismo que cualquier otro tipo de problemas que surgiesen referidos a esta actividad.

La alta participación de arqueólogos medievalistas –jóvenes en su mayoría– en un encuentro ce-

lebrado en el entonces Colegio Universitario de Toledo en el mes de mayo del año 1980, fue la prueba evidente de una realidad que no se podía ignorar. En una nueva reunión celebrada en el mismo lugar al año siguiente se constituyó una comisión encargada de elaborar los estatutos de la que habría de ser la Asociación Española de Arqueología Medieval que fue legalizada en el año 1982 y cuya primer presidente fue don Gratiniano Nieto Gallo. Esta fecha iba a suponer un punto de inflexión muy significativo en la trayectoria hasta entonces seguida, marcando un antes y un después en la pequeña historia de la Arqueología medieval española. Y esta fecha nos va a servir de referente para estructurar el contenido de las líneas siguientes.

2. La situación antes de 1982

Aunque a finales del siglo XIX ya se habían realizado excavaciones arqueológicas en monumentos medievales (San Juan de las Abadesas, Santa María de Ripoll, la Alhambra de Granada, etc.) con motivo de las obras de restauración que en ellos se estaban llevando a cabo, no se puede considerar que entonces empezase, de una forma sistemática, la práctica de la Arqueología medieval en nuestro país. Sería en el siglo siguiente cuando este tipo de investigaciones comenzase a intensificarse, aunque todavía de una manera muy limitada.

Entre los primeros estudiosos cabría citar a don Manuel Gómez-Moreno, de entre cuya copiosísima y variadísima obra se pueden señalar algunos trabajos relacionados con aspectos arqueológicos de los siglos medievales. No obstante, es preciso indicar que casi todos ellos están planteados desde una óptica más bien relacionada con la Historia del Arte y no tanto desde la Arqueología, como ocurría por aquel entonces.

El periodo histórico medieval que antes despertó un interés arqueológico fue el visigodo, si nos atenemos a las numerosas excavaciones que desde los años 30 se llevaron a cabo. Entonces se excavaron exclusivamente varias necrópolis localizadas, de preferencia, en el Valle del Duero; otros ámbitos, como el del hábitat por ejemplo, no se tuvieron en consideración. Aquel interés por los visigodos habría que ponerlo en relación con el paralelo protagonismo –no exento de una carga ideológica– que se estaba dando al mundo germano en otras regiones de Europa. Entre los primeros arqueólogos

que se dedicaron al estudio de esa época habría que citar a E. Camps Cazorla, J. Martínez Santa Olalla, C. de Mergelina, J. Pérez de Barradas, W. Reinhart, H. Schlunck, B. Taracena, L. Vázquez de Parga, H. Zeiss y G. Nieto Gallo.

El investigador que posteriormente se dedicó a un análisis más sistemático de esta época, y en especial a la transición del mundo antiguo al visigodo, ha sido Pedro de Palol Salillas, como reflejan sus numerosas publicaciones. Otro gran especialista en este periodo –especialmente en relación con la problemática de los edificios religiosos– es Luis Caballero Zoreda, que comenzó las excavaciones en la iglesia de Melque (Toledo) a comienzos de los años setenta.

No obstante, uno de los ámbitos que más llamó la atención de los investigadores fue el de al-Andalus. Tal vez en ello influyera la mayor abundancia y espectacularidad de los monumentos conservados de aquella época. En este punto es inevitable –y de justicia– resaltar la figura de don Leopoldo Torres Balbás, arquitecto de profesión, por la gran labor que llevó a cabo y por los numerosos estudios publicados en los que analizó pormenorizadamente el mundo urbano andalusí, todavía de obligada consulta. Igualmente, en la investigación arqueológica del ámbito islámico son de destacar personas como Henri Terrasse, Manuel Ocaña o Félix Jiménez Hernández. Para una generación más reciente habría que señalar a Guillermo Roselló-Bordoy, Juan Zozaya y Miquel Barceló, con una formación arqueológica más estricta alcanzada en el ámbito de la investigación prehistórica en la que, inevitablemente, tuvieron que realizar sus primeros trabajos. Evidentemente, son muchos más los investigadores que se han especializado en la arqueología andalusí, pero aquí solamente señalamos aquellos que más han destacado, y muy especialmente por ese cierto carácter “pionero” que a ellos hoy en día se les reconoce.

El ámbito de los denominados “reinos cristianos”, por el contrario, despertó un menor interés arqueológico. Tal vez ello se debiese, entre otros factores, a que se trataba de zonas en las que su historia se había reconstruido a partir de la documentación escrita conservada y no se consideraba oportuno recurrir a una investigación arqueológica. La historia interna de al-Andalus, por el contrario, era entonces mucho menos conocida y tal vez de ahí el necesario recurso a un complemento arqueológico. No obstante, no por ello se dejaron de realizar al-

gunos trabajos, muchos de los cuales resultaron de un gran interés por la novedad que suponían y las nuevas vías de investigación que abrían. A este respecto se podrían señalar las excavaciones arqueológicas que se realizaron en el subsuelo de la catedral de Santiago de Compostela. En el área castellana merecer ser destacada la labor llevada a cabo por García Guinea y, sobre todo, por Alberto del Castillo, con su estudio sobre las necrópolis alto-medievales, al que se ha considerado como el “padre” de la Arqueología medieval hispanocristiana, en torno al cual se formó un grupo de colaboradores que posteriormente han llevado a cabo también una gran labor arqueológica en zonas del norte peninsular. En el área catalana no se pueden olvidar los trabajos efectuados por Manuel Riu Riu en el ámbito rural, otro de los pioneros de esta actividad.

Este panorama, sucintamente expuesto, es el que consideramos que vendría a reflejar la evolución de la Arqueología medieval en nuestro país hasta la década de los sesenta del pasado siglo. A lo largo de la década siguiente se produjo un considerable incremento de la investigación en este ámbito, que se reflejó en un aumento de los yacimientos en proceso de excavación y, por consiguiente, en un gradual incremento de la producción bibliográfica. A los arqueólogos más veteranos se unieron otros más jóvenes –formados junto a ellos en la mayor parte de los casos– por lo que la nómina de los arqueólogos medievalistas, hasta entonces muy reducida, evidentemente se incrementó.

Si en todos los campos de investigación los trabajos experimentaron un fuerte impulso, fue sobre todo en el ámbito andalusí en el que más se avanzó, ya que se comenzaron a excavar importantes yacimientos, a la par que empezaban a sistematizarse otros muy diversos temas (cerámica, fortificaciones, etc.). En el área cristiana también se intensificaron los trabajos aunque a un ritmo menor, pero ello supuso un gran avance frente al escaso desarrollo que había tenido hasta entonces. Por el contrario, para la etapa visigoda el proceso fue mucho más lento, con trabajos más esporádicos.

3. Situación a partir del año 1982

Como ya ha quedado señalado, esta fecha ha marcado un antes y un después en la Arqueología medieval española, al crearse entonces la Asociación Española de Arqueología Medieval. A ésta se

deben la publicación periódica de un Boletín y la organización de los Congresos Nacionales de Arqueología Medieval.

Desde el año 1986 se empezó a publicar una revista (*Boletín de Arqueología Medieval*), con una periodicidad anual aunque no siempre cumplida –hasta el momento han visto la luz 11 números–, en la que se recogen artículos de investigación de contenido diverso, así como información, por Comunidades Autónomas, sobre excavaciones que están en proceso de realización. Este Boletín es la primera publicación española dedicada, en exclusividad, a la difusión de temas de Arqueología medieval. Puede considerarse que se ha convertido en el equivalente español de otras revistas de carácter similar publicadas desde hace años en otros países europeos (la inglesa *Medieval Archaeology*, la francesa *Archéologie Médiévale* o la italiana *Archeologia Medievale*).

No obstante, uno de los grandes logros de esta Asociación ha sido la organización de los primeros Congresos Nacionales de Arqueología Medieval, que se han celebrado en nuestro país –con un gran éxito de participantes–, y de los que ya se han celebrado cinco hasta la fecha: Huesca (1985), Madrid (1987), Oviedo (1989), Alicante (1993) y Valladolid (1999). A través de las actas que se han editado se puede comprobar, siquiera sea a título cuantitativo, el gran número de aportaciones que en cada uno de ellos se presentaron.

Pero estas no han sido las únicas reuniones de carácter científico que desde 1982 se han celebrado en nuestro país, organizadas por entidades muy diversas. No se trata de hacer aquí una relación pormenorizada de cada una de ellas. Simplemente indicar que se han tocado temas muy diversos, con un sentido monográfico en la mayoría de los casos, centrados en las diversas etapas históricas medievales: cerámica, fortificaciones, minería, hidráulismo, mundo urbano, etc.

A lo largo de todos esos años, también se ha producido un incremento considerable en el número de excavaciones de yacimientos medievales. Sin embargo, conocer el número exacto de esas intervenciones resulta complicado desde que, a mediados de los años ochenta, se fue produciendo el traspaso de competencias en Arqueología a las Comunidades Autónomas. En cada una de ellas se pueden estar llevando a cabo intervenciones arqueológicas en yacimientos medievales, pero la información sobre las mismas, desgraciadamente, no siem-

pre es la deseable, pues cada una de las Comunidades ejercita su propia política arqueológica, tanto en su programación de excavaciones como en los medios de difusión de los resultados. Con lo cual resulta complicado poder conocer el conjunto total de los trabajos arqueológicos que, tanto en un sentido general como, más específicamente en el particular del ámbito medieval, se están llevando a cabo en esos momentos en nuestro país. Si toda esa información se recabase a cada una de las Comunidades Autónomas, podríamos conocer, estadísticamente –número de yacimientos en proceso de excavación–, lo que hoy en día supone la Arqueología medieval dentro del conjunto de la Arqueología española.

Sin embargo, a pesar de este incuestionable desarrollo, todavía la enseñanza de la Arqueología medieval en los niveles superiores de educación apenas se tiene muy en consideración y son pocas las Universidades en las que queda recogida como una asignatura individualizada en los planes de estudio y mucho menos con una dotación de plazas específicas. Aquellas universidades que cuentan con departamentos propios de Arqueología, sí tienden a ofertar asignaturas de Arqueología medieval (la Universidad Autónoma de Madrid, por ejemplo). Sin embargo, paradójicamente, la mayor universidad española, la Complutense de Madrid, no oferta absolutamente nada relacionado con esta materia, ni por parte del departamento de Arqueología ni por la del de Historia Medieval. Es tal vez el ejemplo más representativo y elocuente de cuanto hemos señalado en las líneas precedentes.

En el ámbito universitario, suele ser la labor personal de algunos profesores, especialmente interesados en esta temática, la que ha impulsado su presencia en algunos departamentos, casi siempre más relacionados con el medievalismo –lo cual no deja también de ser significativo– que con la Arqueología. Y ello se ha reflejado en la programación de excavaciones, en la elaboración de tesis doctorales, en la organización de reuniones de carácter científico y, llegado el caso, en la dedicación de secciones específicas en las revistas que editan. A este respecto se puede señalar el caso de *Acta Histórica et Archaeológica Mediaevalia* de la Universidad de Barcelona o la hoy paralizada *Estudios de Historia y Arqueología Medievales* de la Universidad de Cádiz. Especial relevancia merece, por su calidad editorial y su regularidad, *Arqueología y Territorio Medieval* de la Universidad de Jaén. A

destacar también la gran labor editorial –con la publicación de una gran cantidad de libros– que está llevando a cabo el Grupo de Investigación “Toponimia, Historia y Arqueología del Reino de Granada” de la Universidad de Granada, fruto de los trabajos que sus componentes están desarrollando. En otras universidades, como queda dicho, es la encomiable labor individual de algunos profesores la que posibilita el mantenimiento de esta actividad y en las demás, absolutamente nada: la Arqueología medieval brilla por su ausencia, aunque algunos reconozcan el indudable interés que tiene.

Otro ámbito desde el que, en algunos casos, se ha potenciado la Arqueología medieval ha sido el de los museos. En efecto, desde ellos, a partir del interés mostrado por algún director o personal de los mismos, se han establecido líneas de investigación. A este respecto es de señalar la incidencia que en algunos de ellos ha podido tener la intensificación de los seguimientos arqueológicos que en muchas ciudades –bajo la supervisión de su respectivo museo– se han llevado a cabo como consecuencia de la realización de ciertas obras, y que han dado lugar al hallazgo de restos de época medieval –a veces de gran interés– que ha habido que documentar. Ello ha supuesto que las personas encargadas de los trabajos hayan encontrado una vía de especialización.

4. Líneas de investigación

El progresivo incremento de la actividad investigadora en Arqueología medieval en nuestro país, ha supuesto que, hace ya unos años, se hayan elaborado algunos ensayos de sistematización de los trabajos realizados, aunque sería conveniente su actualización.

La que podemos considerar como la primera sistematización se realizó por Manuel Rúa en 1977. Posteriormente, en 1985, en el I Congreso de Arqueología Medieval Española este mismo investigador presentó una ponencia actualizando el trabajo anterior, con todos los estudios que en los diez años transcurridos se habían producido, aunque limitándose al ámbito de los reinos cristianos. En este mismo Congreso, Guillermo Roselló-Bordoy presentó otra ponencia en la que analizaba el estado de la arqueología andalusí. Con ambos trabajos podemos obtener un amplio panorama del estado de la Arqueología medieval española en aquel mo-

mento, aunque bien es cierto que falta una sistematización relativa a la etapa visigoda.

La situación de la Arqueología medieval en nuestro país, en cuanto a los temas que más interés despiertan, se puede establecer a partir de la cada vez más extensa producción bibliográfica de que disponemos, y muy especialmente las actas de los Congresos Nacionales que se han celebrado pues en ellas se presentan los resultados de los trabajos realizados y, por ende, las líneas de investigación que se están siguiendo. También las actas de otras reuniones científicas –de carácter más monográfico– son el reflejo de las inquietudes investigadoras.

Aparte de temas de carácter más bien general (cartas arqueológicas, restauración de monumentos, estudios de fauna, numismática, etc.), los análisis se encuadran, evidentemente, en las diferentes etapas históricas medievales: época visigoda, al-Andalus y reinos cristianos.

De estas tres etapas, si nos atenemos al número de estudios publicados, la visigoda es la que menos interés arqueológico parece despertar. Si inicialmente fue la que primero se investigó, incluso casi con una cierta exclusividad, posteriormente aquél se fue apagando, aunque ello no suponga que este periodo carezca de interés arqueológico, pues lo sigue teniendo, y mucho, al tratarse de una etapa clave para comprender gran parte de la problemática arqueológica de la siguiente, al menos en sus primeros momentos. Lo que ocurre es que las áreas de investigación apenas han evolucionado –se siguen estudiando, de preferencia, el ámbito funerario y el religioso– y de ahí esa apariencia de cierto estancamiento que parece ofrecer, aunque se siga trabajando más de lo que aparentemente podría parecer.

Por lo que respecta a esta etapa, en cuanto a lo que se viene publicando, aparte del estudio de materiales individualizados (elementos arquitectónicos, piezas de orfebrería, etc.), continúan despertando interés prioritario los temas relacionados con el ámbito funerario y con el religioso (iglesias y eremitorios). También se constata una preocupación por el estudio de poblados y por la dispersión de las fortificaciones de esta época, temas en verdad de gran interés. La cerámica doméstica de este periodo, en gran medida desconocida, también está siendo objeto de estudio. Es de destacar que se ha despertado un interés creciente por el análisis de las pervivencias de elementos de época visigoda tras la llegada de los musulmanes. Asimismo, se

está procediendo a una revisión cronológica de la arquitectura religiosa de esta época.

Si nos atenemos al número de publicaciones, parece que la arqueología andalusí es la que cuenta con una mayor cantidad de investigadores. Ello tal vez se deba a la gran extensión territorial y cronológica que llegó a abarcar la presencia musulmana en suelo peninsular. De ahí la gran abundancia de yacimientos, muchos de ellos de una gran espectacularidad, que han despertado el interés por su investigación. La necesidad de un conocimiento más profundo de esta etapa, todavía con algunas lagunas en el campo histórico, ha podido influir en ese interés, aunque en el mismo se constata una desproporción en cuanto al análisis de las distintas fases políticas de al-Andalus.

Así, los primeros momentos del asentamiento de los musulmanes (la denominada arqueológicamente como etapa paleoandalusí) apenas han sido analizados, y algo similar ocurre con la etapa emiral. La mayor parte de los estudios arqueológicos se han centrado en las etapas del Califato y de las Taifas, mientras que el siglo XII (almorávides y almohades) todavía sigue estando bastante desconocido, aunque se hayan producido avances. El reino de Granada está despertando un interés creciente como demuestran los numerosos estudios que se vienen realizando.

En cuanto a los temas investigados sobre arqueología andalusí, lo más significativo tal vez sean los trabajos arqueológicos que se están llevando a cabo en numerosos yacimientos y cuyos resultados están suponiendo un impulso considerable para el conocimiento de esta etapa. Por lo que respecta a los temas publicados, cuantitativamente destacan los estudios relativos al análisis de la cerámica (hallazgos aislados, conjuntos de yacimientos, tipologías, decoraciones, etc.). También se observa un interés creciente por el análisis de la dispersión del poblamiento rural de zonas extensas. Igualmente el mundo urbano está siendo objeto de numerosos estudios, entre los que destacan los relacionados con el ámbito doméstico.

Una línea de investigación que cuenta con muchos seguidores es la relacionada con las construcciones militares, analizadas tanto como sistemas defensivos organizados en áreas concretas, como simples enclaves individualizados (castillos, torres, atalayas, alcazabas, murallas, etc.). También gran interés han despertado los temas relacionados con los sistemas hidráulicos que adquirieron un

gran desarrollo en muchas zonas de al-Andalus, tanto desde el punto de vista de su configuración técnica como de sus diversos aprovechamientos (regadíos, abastecimiento de agua a lugares habitados, almacenamiento, etc.).

El ámbito funerario, por el contrario, ha despertado menor interés, aunque ello tal vez se deba a la complejidad de poder excavar cementerios musulmanes. Algunas mezquitas y otros edificios significativos (baños, tenerías) han sido también objeto de estudio.

Por lo que respecta a los reinos cristianos, también están siendo objeto de muy diversos estudios arqueológicos y a ello ha podido contribuir la necesidad de complementar por esta vía una información que no siempre proporcionan las fuentes escritas. Muchas de las grandes líneas de investigación, abordadas mediante la utilización de una documentación escrita, requieren ser complementadas con unos datos que solamente se pueden obtener por un cauce arqueológico.

De ahí el progresivo interés por propiciar este tipo de estudios, entre los que se observa una preferencia por la época altomedieval, lo cual puede explicarse por esa necesidad de conseguir nuevos datos históricos para una etapa en la que la documentación escrita no es excesivamente abundante, y de ahí el recurrir a la aplicación de otros planteamientos metodológicos de investigación. Por motivos contrarios, la Baja Edad Media está siendo mucho menos estudiada arqueológicamente, pues la documentación, mucho más abundante y variada, aporta una información más completa, aunque ello no signifique que haya que desechar sistemáticamente el recurso a la arqueología para el análisis de ese periodo.

Por lo que respecta al ámbito de la investigación arqueológica de los reinos cristianos, también se podría señalar que el mayor número de estudios se centra en el análisis de la cerámica, procedente de zonas y de etapas cronológicas muy diversas. Las construcciones militares también están siendo estudiadas, tanto de una manera individualizada como formando parte de sistemas defensivos de gran amplitud territorial.

También numerosos son los estudios relacionados con el análisis del mundo rural –en el que se están llevando a cabo excavaciones sistemáticas–, especialmente desde el punto de vista de la dispersión del poblamiento. Por lo que respecta al ámbito religioso, han sido varias las iglesias rurales que

se han excavado, así como algunos monasterios y eremitorios rupestres. En cuanto al mundo funerario, también han sido varios los cementerios excavados. Especial interés despierta el estudio de las estelas encontradas en muchos de ellos.

5. Conclusiones

Tras este panorama –sucintamente expuesto– sobre la evolución que la Arqueología medieval ha tenido en nuestro país, lo que verdaderamente destaca es el indudable desarrollo que ha alcanzado en los últimos años, habiendo comenzado a ocupar el lugar que le correspondía. Por ello, no se puede ignorar esta realidad, y menos desde el ámbito de la Universidad, desde la que, en gran medida, se ha propiciado ese desarrollo aunque haya sido en un proceso no plenamente uniforme. Pero, en cualquier caso, los resultados ahí están, como reflejo del esfuerzo y del interés mostrado por unos investigadores que, frente al desinterés o la indiferencia de otros, han reivindicado el análisis arqueológico de esa época.

Por lo cual, ante la eventualidad de establecer un nivel de Grado en el proceso de reforma educativa orientada a conseguir la convergencia hacia la Educación Superior Europea, sería absolutamente inconcebible que la Arqueología medieval no se tuviese en consideración en el plan de estudios que se elaborase y ello en las mismas condiciones que se concediese a las demás etapas históricas. No reconocer la realidad actual a la que se ha llegado en este campo de la investigación, redundaría en perjudicar al potencial estudiante, pues su formación adolecería de una laguna muy significativa que no se produciría en los demás países europeos en los que la Arqueología medieval ocuparía el lugar que desde hace años viene ocupando.

Aunque en un nivel de Grado la formación del estudiante está orientada, fundamentalmente, a proporcionarles unos conocimientos un tanto generalistas, no conviene perder de vista que la Arqueología, por el carácter semi-experimental que tiene –como materia de enseñanza–, siempre conlleva la necesidad de proporcionar unos conocimientos técnicos, pero también unos conocimientos acerca de la cultura material generada por las distintas sociedades históricas. Es decir, que el alumno que hubiese completado un Grado de Arqueología tiene que salir con una formación que le pueda capa-

citar para ejercer una profesión relacionada con los estudios realizados. Y en su futura actividad profesional se puede encontrar con la eventualidad de tener que trabajar con restos arqueológicos de época medieval. ¿Y qué ocurriría si tiene un desconocimiento absoluto sobre los mismos porque en su etapa de formación universitaria nunca le han instruido sobre los mismos?

En una sociedad como la nuestra, que se supone muy preocupada por el conocimiento y la conservación de su Patrimonio Histórico, la formación de los técnicos que se van a dedicar a llevar a cabo esa labor ha de ser lo más completa posible. Y para todos aquellos que se vayan a dedicar al estudio y la protección del Patrimonio Arqueológico, aunque inevitablemente tiendan a tener una especialización, es indudable que unos conocimientos generales habrán de recibir para que puedan ser capaces de intervenir ante cualquier caso que se les pueda presentar y, entre ellos, alguno que pueda estar relacionado con restos materiales medievales.

Hoy en día, la mal denominada “arqueología de gestión” está alcanzando un grado de desarrollo bastante considerable en nuestro país. La preocupación por la conservación del Patrimonio Arqueológico en evitación de su destrucción sistemática con motivo de obras que se llevan a cabo y que implican la remoción de grandes cantidades de tierra que pueden suponer la aparición de restos arqueológicos, ha supuesto la necesidad de tener que llevar una supervisión directa a pie de obra para que resulte lo más efectiva posible. De tal manera que las Administraciones han establecido la obligatoriedad de contar con la presencia permanente de un arqueólogo que, llegado el caso, documente los hallazgos que se puedan producir y luego evalúe la conveniencia de su conservación.

Ello ha supuesto que, en nuestro país, desde hace unos años se han constituido empresas de arqueología y, consiguientemente, la aparición del arqueólogo “profesional” (entendiendo por tal el que “vive” de la arqueología), que hasta entonces

se puede considerar que no existía. Este nuevo profesional –al que se le remunera económicamente por llevar a cabo su trabajo– tiene que estar capacitado, es decir, formado, para enfrentarse al análisis de cualquier tipo de resto arqueológico, incluido el medieval. De ahí que para él, la Arqueología medieval –en la que se habrá tenido que formar– constituya una parte de su actividad profesional.

Muchas de las intervenciones arqueológicas que con estos planteamientos se están llevando a cabo, tienen por escenario los cascos históricos de algunas ciudades, en las que cualquier obra ha de contar con un seguimiento arqueológico. Y en tales casos, la mayor parte de los hallazgos que se producen corresponden a los siglos medievales. A este respecto, es de señalar que por esta vía la Arqueología medieval ha encontrado un cauce de expansión muy importante por la cantidad y calidad de muchos de los hallazgos que se están sacando a la luz. Lo cual ha supuesto también que muchos de los arqueólogos han tenido que reorientar su formación hacia el conocimiento de la cultura material de la Edad Media, sobre la que están aportando significativas novedades. Todo ello supone, en definitiva, que los arqueólogos profesionales se están “topando”, constantemente, con restos medievales y de ahí que su formación tenga que orientarse cada vez más por esta línea.

Todos estos argumentos, a los que se podrían añadir muchos más, consideramos que son lo suficientemente significativos para tenerlos muy en cuenta a la hora de plantearse la posibilidad de elaborar un proyecto de plan de estudios, a nivel de grado, orientado a la enseñanza de la Arqueología, en el cual la Arqueología medieval no se podría ignorar. Es muy posible, además, que hubiese una demanda creciente hacia la misma por los motivos que hemos señalado. Sería también la manera de que la Arqueología medieval ocupase el rango universitario que le corresponde y no quedase supe- ditada al interés personal y voluntarista de algún profesor.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BARCELÓ, M. ET AL. (1988): *La Arqueología Medieval. En las afueras del "medievalismo"*. Barcelona.
- IZQUIERDO BENITO, R. (1994): La Arqueología medieval en España: antecedentes y estado actual. *Arqueología y Territorio Medieval*, 1: 119-127.
- RIU, M. (1977): La Arqueología Medieval en España. *Manual de Arqueología Medieval* (M. de Bouard), Barcelona: 375-490.
- RIU, M. (1986): Estado actual de la Arqueología Medieval en los reinos cristianos peninsulares. *Actas del I Congreso de Arqueología Medieval Española*, vol. IV, Zaragoza: 425-472.
- ROSELLÓ-BORDOY, G. (1986): Islam andalusí e investigación arqueológica. Estado de la cuestión. *Actas del I Congreso de Arqueología Medieval Española*, vol. IV, Zaragoza: 7-24.
- SALVATIERRA CUENCA, V. (1990): *Cien años de arqueología medieval. Perspectivas desde la periferia: Jaén, Granada*.